

# Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 26 - n.º 28  
e-ISSN:2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Iván Romero / *Luciérnagas* / 2019 / acrílico sobre lienzo / 200 x 200 cm

## Entrevistas

# ENTREVISTA



**“Del diletantismo y el ombliguismo  
pasamos a un profesionalismo respetable”:  
Entrevista al profesor y escritor  
Luis Barrera Linares**

**Marisol García Romero y Alexandra Alba**

Universidad de Los Andes, Venezuela



¿Cómo citar?  
García, M. y Alba, A. “Del diletantismo y el ombliguismo  
pasamos a un profesionalismo respetable: Entrevista  
al profesor y escritor Luis Barrera Linares”.  
*Contexto*, vol. 26, n.º 28, 2022, pp. 296-317.



**UNIVERSIDAD  
DE LOS ANDES**  
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ  
TACHIRA VENEZUELA

**El doctor Luis Barrera Linares es profesor titular jubilado del Departamento de Lengua y Literatura en la Universidad Simón Bolívar, e individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua. Actualmente es profesor adjunto titular de la Universidad Católica Silva Henríquez, Escuela de Pedagogía en Castellano, en Santiago, Chile. Además de su destacada y larga carrera académica como docente e investigador especializado en lingüística y crítico literario, sus catorce obras de creación literaria (novela, cuento y crónica) lo han convertido en un referente de la literatura venezolana de los siglos XX y XXI. Es esencialmente un maestro comprometido con la Academia venezolana y con la reflexión de un país en obras.**

### ¿Cómo fue tu primer acercamiento a la literatura como lector y como escritor?

Como lector, llegué sin darme mucha cuenta de la situación, tal vez algo tarde, pero creo que no es una decisión que uno tome de manera voluntaria, sobre todo, si la literatura te está acechando. Es la lectura la que llega a ti, como un enigma que comienza a resolverse solo. No fui niño prodigio durante mi educación primaria; no puedo vanagloriarme de eso. Soy tan elemental en esto que ni siquiera me parezco a esos escritores que recuerdan incluso los nombres de sus docentes de primer grado. Y si nos lo recuerdan, los inventan. Tengo muy claras algunas imágenes de mis maestras y maestros de primaria, pero sus nombres, nada que ver. Me interesé por el lenguaje, eso sí, pero diría que no recibí estímulo directo de ellas y ellos (los tuve de ambos sexos, por si acaso; en mi época había maestros de primaria, hombres, quiero decir, muchos más que ahora, cuando predominan las damas. Un machista diría que, en eso, hay hoy día inequidad profesional). Podría decir que dos de ellos descubrieron en mí cierta actitud para el teatro (ahora soy actor frustrado, pero feliz).

No obstante, mi madre sí que se interesó en mi inmersión directa en el lenguaje, desde temprano. Recuerdo su mano guiando la mía para configurar las primeras letras y ayudarme a interpretar las figurillas que dibujaba para mí; todavía me parece escuchar sus narraciones orales sobre muertos y aparecidos o resurrectos. Creía en eso y no lo ocultaba; vivía una realidad aprendida del origen campesino de mis abuelos. Para más inri, como diría un madrileño, la apasionaba el bolero, otra de mis debilidades de adulto. Pero ese acto mágico se perdió. Luego tuve que marcharme a Los Puertos de Altagracia a continuar mi educación primaria. Igual sembró en mi imaginario la fantasía y eso no lo he perdido todavía. Ahora creo que, sin que ella tuviera nada que ver con la literatura, me dejó en herencia lo atractivo de imaginar historias y fábulas. Algo de ella sobrevive en mi tía Eloína, como personaje sincrético.

No recuerdo haber leído ningún libro importante durante la primaria, más allá de los manuales escolares, que tampoco eran la mar de divertidos. Al margen del tema, como chiste que cuento a mis estudiantes, jamás he olvidado una lección que se llamaba "El lavabo

de Rosarito". Creo que era en cuarto grado. Y porque me impliqué en él de modo directo, también tengo en la memoria un cuento popular titulado "¿Me compra el gallo?". Lo leí muchas veces y me reía con él a carcajadas, porque tenía que representar en el teatro al médico de ese cuento. Muchos años después descubrí que es un cuento atribuido a Tulio Febres Cordero. Incluso lo incorporé en una de mis novelas, solo que le cambié el título por "El hombre del gallo".

Lo mejor de ese recuerdo es que, cuando me correspondió hacerlo en el teatro escolar, yo hacía de un médico a quien otro personaje quería venderle un gallo a toda costa. En pleno acto de fin de curso, ante su insoportable insistencia porque se lo comprara, cuando pude, le quité el gallo (que era de verdad, no de utilería) y se me ocurrió la idea de lanzarlo contra el piso, pero se me pasó la mano. Aquel animal saltó del proscenio hacia el público, cacareaba desesperadamente, un poco alocado. Se armó un bullicio; la gente intentaba apartarse, ya que el animal enloquecido saltaba, de fila en fila. Las personas trataban de quitárselo de encima y lo echaban a un lado, pero se formó un remolino de gente que iba, venía, brincaba de un asiento al otro, intentando todos salir del recinto. Obviamente, la obra cerró como nadie esperaba. El teatro del colegio quedó vacío. Todavía recuerdo las risas de mis compañeros ante aquella algazara que se armó. Era como si uno de los personajes se hubiera salido de la fantasía del espectáculo hacia la realidad. Naturalmente, mi debut como actor se fue al traste. Me salió convocatoria a la dirección, reprimenda de mi maestro de quinto (quien había dirigido la obra) y cita del representante, con suspensión por dos días. Diría que fue mi primer fracaso con la palabra escrita, porque había olvidado el guion e improvisé aquella escena.

Aparte de eso, leía cuanto pasaba por mis manos, pero no intuía que eso podría ser un hábito. Lo que sí recuerdo es que en mi casa y a la gente en general les gustaba el modo como leía, con cierta actitud declamatoria, payaseando, exagerando las consonantes. A veces me ofrecían alguna propina para que leyera algo en voz alta; lo hacía con tono "mitinesco" y eso los divertía. También a veces escribía versos bromistas, rimados, que solo mostraba a mis amigos más cercanos de la escuela primaria.

Durante el bachillerato sí se instaló en mí la cosquilla más firme por la lectura de literatura y la escritura; diría que vinieron juntas. Por una parte, la primera novela que cayó en mis manos y que me interesó fue una que a mis compañeros les resultaba aburrida. A mí no. La recomendó una profesora de Geografía y no el docente de Castellano. Era *Sobre la misma tierra*, de Rómulo Gallegos. Me llamó la atención que el pueblo donde yo vivía (Los Puertos de Altagracia, en el Zulia) salía referido en ese libro. Eso me atrapó y me condujo a devorarla. Todavía tengo en mi memoria la imagen de Remota Montiel, el personaje central. Allí descubrí la vida de los guajiros y algunas de sus costumbres ancestrales; así los llamábamos popularmente. Lo de wayuu lo aprendería muchos años después. Leyendo esa novela, creo que por primera vez me sentí un desheredado del petróleo, tema que, sin darme cuenta y sin saberlo, retomaría muchos años después para mi propia escritura, en *Sin partida*

de yacimiento. Lo cierto es que, desde esas páginas, nació mi calentón inicial por la lectura de textos literarios, aunque la auténtica fiebre vendría con el siguiente.

Pronto intenté buscar algún otro volumen, pero la casa de mi hermana mayor y una tía, donde vivía, no era abundosa en libros; no había biblioteca. Que recuerde, se leía más la revista *Selecciones* que otra cosa. Me gustaban sus reportajes, pero ya desde ese momento, comencé a distinguir (intuitivamente) lo que era distinto a la literatura. A veces el diario regional era una salida honrosa (*Panorama* o *Crítica*); me atraían las noticias sobre enfrentamientos entre contrabandistas y allí abundaban. No obstante, en la búsqueda de algo con más cuerpo, apareció entre los trastos un libro de título atractivo: *Tierna era mi carne*. No sabía de qué iba, pero me adentré en él. Hoy se diría que era porno, pero yo quedé fascinado mientras lo leía. Estaba en el primer año de bachillerato y tendría unos trece o catorce años (empecé tarde la primaria y eso repercutió en mi secundaria). Nunca he recordado el nombre de su autor; creo que era más bien autora. La protagonista era una chica adolescente, fanática del sexo, sin restricciones de ninguna naturaleza, por donde fuera y con quien fuera, incluidos animales. Me lo leí en cuestión de unos dos días, quizás tres. La velocidad narrativa de quien lo había escrito era increíble, aunque debía tratarse de una traducción. Tanto me atrajo que comencé a llevarlo al liceo para que mis compañeros lo conocieran; lo pasaba de manera oculta por debajo de las mesas de los pupitres, con subrayados de las escenas más fuertes y nos divertíamos un montón. Hasta que me descubrió el profesor de Biología y se acabó la magia de la lectura clandestina. Años después haría memoria consciente del hecho y concluiría en que, gracias a Gallegos y a esas aventuras porno, me hice lector y, además, comencé a interesarme por la escritura.

Ya con la piquiña de la palabra escrita instalada entre mis intereses, fundé un periodiquillo, una hojita que pegaba clandestinamente en las paredes del liceo y en el que, en media página, mal escrita y posiblemente hasta con gazapos ortográficos, se comentaban cosas referentes a la vida de la institución, los profesores (y, principalmente, las profesoras), las estudiantes y sus amoríos o sus rollos personales, básicamente chismes, cosas risibles, anécdotas cotidianas. El pasquín se titulaba *Circuito*. Con pedantería de adolescente inmaduro, les propuse ese nombre a mis compañeros, porque, supuestamente, sus comentarios harían saltar chispas a quienes involucraríamos en cada "noticia". La idea adquirió forma. Los amigos más cercanos se convirtieron en mis corresponsales. Me buscaban información picante. Cada tarde-noche que podíamos, todos nos íbamos a mi casa con la excusa de alguna tarea en grupo. A escondidas de mi hermana mayor — que era profesora de Comercio en el otro liceo del pueblo (nocturno) —, y mientras ella no estaba, yo tomaba su máquina de escribir y allí nos divertíamos relatando el acontecer, con cierta gracia y hasta con mucha saña hacia las chicas que se creían más que nosotros, por estar vinculadas a las familias cuyos padres eran empleados de las petroleras. Todos aportábamos ideas y yo redactaba. Gozábamos muchísimo, aunque no podíamos hacer mucha alharaca, porque mi tía (otro referente inicial de Eloína) estaba pendiente de cualquier movimiento que hiciéramos.

Hasta que un día escribimos que, en plena clase de Educación Física, y mientras se ejercitaba en el plinto, una de nuestras compañeras de menos edad había sufrido un desmayo, causado por el miedo a las miraditas del profesor, que intentaba guiarla. Como adolescentes pobres, frente a compañeros y compañeras con más poder adquisitivo y muchas ínfulas de *high society*, beneficiarios directos de los “hijos del petróleo”, practicábamos la más descarada “ratapeludez”. No estábamos seguros, pero sospechábamos que aquel profesor – un exguardia nacional devenido en docente –, debido a los libidinosos ojos con que les veía las piernas a todas nuestras condiscípulas, mientras hacían ejercicios, ayudadas por él. Intentábamos una broma más, pero avergonzamos a aquella chica ante todo el liceo, ya que de verdad tenía unas piernas de antología; eran su gancho. Fue la noticia bomba del día siguiente, con nombre y apellido. El profe, para más señas esposo de la muy querida docente de Geografía, ya sospechaba de nosotros y le habíamos dado donde no se esperaba.

A partir de ese día se levantó la alarma del director (medio amargadito y etílico-fílico) y de todo el cuerpo docente, para averiguar quién hacía la paginita. Se declaró la guerra y muchos ojos se posaron sobre nuestras andanzas, incluidos los de nuestros rivales. Vigilaban cada paso que dábamos. Nos salió, incluso, competencia de parte de ellos, quienes, para defenderse como grupo, fundaron otro pasquín paralelo, al que titularon *Centellazo*. Lo encabezaba el novio de la chica, apodado el Chivato. Podíamos haber entrado en la “pelea”, porque los demás opinaban que los superábamos en asuntos de humor y cotilleo, pero no quisimos correr el riesgo. Con eso murió nuestro *Circuito*. Sentíamos el temor de que nos descubrieran y nos expulsaran.

Pero la escritura se quedó en mí.

Después recuerdo que quise hacer un cuento, como tarea encomendada por el profe de Castellano. Una vez más, metí la pata, ahora plenamente identificado: incluí en la supuesta historia a una chica algo tonta. Nunca supe por qué él creyó que me estaba refiriendo a su hija (de quien yo no sabía nada, aunque luego me enteré de que tenía retardo, o algo similar). No solo me reclamó por mi pésimo cuento, sino que, además, me puso la nota más baja del curso y amenazó con reprobarme en el examen final. Ante eso, comencé a pensar que alguna vez me gustaría ser escritor para “vengarme” de aquella afrenta. En eso sí que no había tenido intención de hacer chanza alguna. Era inocente, pero el profe nunca lo creyó y se convirtió en mi sombra. No logró reprobarme, debido a que todavía los exámenes eran con jurado y me defendí más o menos, pero tuve que cambiarme de liceo; volví a casa de mi madre, en Trujillo, y allí regresó mi afición al teatro; ingresé al grupo del nuevo liceo. Me entusiasmó que, con la profesora de Castellano, recién egresada el Pedagógico y con una sonrisa y ánimo inolvidables, estaban planificando escenificar *El cristo de las violetas*, de Andrés Eloy Blanco, y allí me concentré. Motivado por aquello, me entró una fiebre por escribir breves textos teatrales, pero el nuevo liceo me demandaba mucho tiempo y lo fui dejando hasta retomar el hilo.

De modo que la pasión por la escritura se incrementó de retruque, ante la afrenta de aquel profesor que había considerado mi cuento como un adefesio. A lo mejor lo era, pero yo había quedado satisfecho con el resultado. Aparte del receso por lo del teatro, desde ese día, creo que nunca he dejado de escribir algo, cualquier cosa. Todavía anoto tonterías en papelitos y los voy acumulando, a veces para nada, pero es una manía. Aun hoy, mi familia o algunas visitas se ríen cada vez que alguien mira mi escritorio con notitas dispersas por todas partes, como las que se ponían en las bodegas de antes, para reflejar las deudas de los clientes. Es que siempre he temido que se me olviden las cosas y obsesivamente tomo nota de cualquier asunto pendiente. Solo que a veces tampoco recuerdo lo que he anotado y repito el mismo ritual sin darme cuenta.

**¿Volverás a la patria algún día como tantos que se han ido? ¿Cómo construyes tu esperanza? Me da vueltas en la cabeza el poema de Pérez Bonalde *Vuelta a la patria*.**

Antes que nada, debo dejar claro que, en efecto, tengo intención de regresar al país en algún momento que me sea propicio, cuando logre solventar algunos asuntos familiares y de salud que nos retienen en Santiago y, por supuesto, que haya mejores condiciones, sobre todo económicas y sanitarias. Estoy fuera circunstancialmente, pero no he dejado Venezuela en ningún momento, más allá de lo espacial. Hay una edad en la que no es sencillo sacarte lo que siempre has sido, sin que ello implique una desgarradura incurable.

Comprendo perfectamente a quienes no se plantean esa posibilidad, principalmente personas más jóvenes, pero no ha sido mi caso. No salí del país para siempre y hemos permanecido fuera por circunstancias sobrevenidas. Allí sigue mi memoria cultural, mi vida como profesional, como escritor, muchas querencias y los espacios a los que no me resigno a renunciar.

Estoy fuera circunstancialmente, pero no he dejado Venezuela en ningún momento, más allá de lo espacial. Hay una edad en la que no es sencillo sacarte lo que siempre has sido, sin que ello implique una desgarradura incurable.

**Según tus últimas apreciaciones y lecturas, ¿crees que todavía predomina en nuestros escritores, sobre todo de narrativa, ese fenómeno de la autonegación cíclica que desde hace años comentas en tu trabajo crítico sobre nuestra literatura?**

Ya sabemos que la literatura venezolana vivió durante casi todo el siglo XX un extenso lapso de ausencia en el resto del mundo. Negativo, ya que, por razones que todavía hay que analizar mucho más, nos autonegábamos y autofagocitábamos, aparte de que el país literario se creyó el ombligo del universo, solo que un ombligo isla. Algunos escritores relevantes

tenían su propio altar personal, muy local, y allí aspiraban a ser venerados, como si se creyeran el Negro Felipe o María Lionza. Desde mucho antes de los celulares, eran unos adelantados, practicaban recurrentemente la “selfieliteratura”, esa en la que solo había espacio para la palabra *yo*. Yo con yo y detrás *mí, me, conmigo*. Éramos una pequeña república de “egotecas” y “egotequitas”. Como si cada individualidad asumiera “después de mí, nada”. Eso influyó incluso en escritores notables como Guillermo Meneses, José Balza, Francisco Herrera Luque, Uslar. Hasta pensaría en nombres anteriores como Teresa de la Parra, Miguel Otero Silva, sin excluir a Gallegos o a los dos Garmendia. Todos muy importantes, pero yoístas en mayor o menor grado; hecho inevitable, al parecer.

No obstante, sin negar que todavía los haya (y no solo en Venezuela), creo que hemos pasado a otra etapa diferente, con eso que podría llamarse las y los “diasporados” (que no son solo los que se han ido; algunos están “insiliados”): ahora pareciera haber más sentido de que en colectivo se sobrevive mejor que en solitud. Percibo más apoyo grupal, lo que no significa que no hayan surgido pequeños sindicatos centrados en el amiguismo, lo cual habrá que estudiar.

Repito una misma cantaleta, por necesaria: persistencia de la focalización centralista. los grupos se citan entre ellos, mas no leen o desconocen al resto del país literario. Todo se concentra en Caracas o en las grandes ciudades donde ya hay pequeños areópagos de escritores. A dice que B es bueno, B reflexiona sobre la calidad de C, C flipa con la obra de D, D sugiere la lectura de E, hasta que E llega al inicio del circulillito y habla de las maravillas de A. Nadie escribe un texto discutible, nadie tiene vacíos, y si hubiera algo de eso, ninguno, ninguna lo diría, priva el silencio. Sin embargo, es inevitable: así es la literatura, ya lo sabemos, y los criterios de calidad siguen siendo relativos. Aparte de la xenofilia, que no hemos perdido por mucha calle y exilio que tengamos: todo escritor extranjero o de lengua extranjera es bueno, por muy aburrido que resulte. La provincia literaria nacional sigue siendo un enigma, territorio desconocido, aunque tenga buenos escritores. Parece un mal de todas las literaturas; no solo nuestro; ocurre incluso en países de mucho auge editorial, como España, Argentina, México.

En todo caso, no es negativo. Estamos mejor que en otras épocas y ya somos una referencia en el contexto hispanoamericano. Es un momento de muchos escritores

Del diletantismo y el ombliguismo pasamos a un profesionalismo respetable. Los frutos ya son evidentes. Finalmente, existimos. Hemos nacido. Ahora viene la etapa más exigente, la del crecimiento y fortalecimiento como literatura. Los cimientos están echados; resta hacerlos sostenibles.

venezolanos haciendo bulla (en el buen sentido de la frase). Hay núcleos importantes en todo el mundo; principalmente, pienso en cuatro países: España, Estados Unidos, Argentina, México. Se sabe que existimos y que podemos compartir con autores de cualquier talla. En eso han ayudado algunos

premios y, por supuesto, la persistencia y disciplina de quienes escriben y se lo toman en serio. Del diletantismo y el ombliguismo pasamos a un profesionalismo respetable. Los frutos ya son evidentes. Finalmente, existimos. Hemos nacido. Ahora viene la etapa más exigente, la del crecimiento y fortalecimiento como literatura. Los cimientos están echados; resta hacerlos sostenibles. La pregunta me recuerda que lo vaticiné en mi libro *La fijación del rostro* (2005).

**En la primera década del siglo XXI comentabas que algo estaba cambiando en la valoración internacional de nuestros narradores, indicios de que esa literatura, que se caracterizaba por no tener rostro, empezaba a reconocerse y a ser reconocida. ¿Cómo se presenta ese panorama hoy y qué transformaciones se han dado en estos últimos años? ¿Qué opinas acerca de la crítica de la literatura y el estado de la literatura venezolana actual?**

Como ya adelanté, comenzamos a cambiar desde finales de los noventa, primero con la salida de algunos escritores al extranjero, luego con la crisis política iniciada a principios de este siglo. De habernos visto inmersos en la más íngnima de las solitudes por mucho tiempo, pasamos a convertirnos en noticia, debido a diversas razones: desde la degradación política, hasta las urgencias económicas y sus consecuencias. El interés editorial por nuestros autores y autoras pasó de castaño a blanco. Durante estos últimos veinte años han aparecido ediciones en el extranjero, algunos premios, el reconocimiento y la aparición de escritores que vieron en nuestra tragedia un tema para “literaturizar” un país en decadencia, como si la literatura requiriera afianzarse a partir de la dureza, de las urgencias, de los afectos perdidos, de las esperanzas truncadas y de tanta carga negativa para el alma. Parece un enigma, pero no deja de ser razonable: la felicidad es menos atractiva para ser simbolizada que la desgracia, el desgarre, la ruptura. Creo que fue Rafael Cadenas quien escribió, en alguna parte... repito de memoria y a lo mejor no fue exactamente así, pero la idea era que es difícil escribir literatura verdadera si no has pasado por el infierno. Yo le agregaría el purgatorio. En esto, sin negar la necesidad de su existencia, el paraíso es para otros menesteres.

Eso lleva a otro tema relacionado con el asunto. Aunque sea un lugar común lo que voy a decir, habrá que esperar la sabia criba del tiempo para saber realmente qué parte de nuestra literatura escrita durante este lapso crítico sobrevivirá, vencerá la cadena del implacable Cronos. Algunos se quedarán sobre base sólida; otros, premios y premiados mediante, pasarán al olvido, incluidas algunas ediciones surgidas para reflejar la debacle, importantes hoy tal vez desde el punto de vista documental, pero a lo mejor con insuficiente peso simbólico para traspasar esa frontera en la que la palabra definitiva la tienen los lectores de futuras generaciones (no solo depende de la crítica; ni siquiera, de las historias de la literatura o de los programas de estudio); o sea, convertirse en textos trascendentes, ya con independencia de la circunstancia en la que han aparecido y sin sus autores o autoras

pescando en el río revuelto de los medios de comunicación y las redes sociales. Es ley de vida, principio darwiniano de selección natural, relatividad inevitable, fuerza que genera la decantación de todo proceso, aunque se trate de literatura y se crea que no es así. Cronos utiliza su tamiz, trasiega, cierne, limpia y aparta lo que ha de sobrevivir. Deja de lado la paja, los desechos, el afrecho, y coloca en su lugar el fruto rescatado.

Por supuesto que también ello dependerá de la constancia y persistencia de quienes son realmente escritores de oficio y no diletantes. Influirá incluso en la formalización de algún nuevo canon. Lo que sigue preocupando es el alto nivel de “egoletismo” presente en algunos escritores, pero eso parece un mal sin cura; todos somos “egoletrados” en mayor o menor porcentaje: es la condición de quien asume que hace arte y no es exclusivo de quienes practicamos la escritura. Sin embargo, también se requiere saber administrar la mirada en el espejo: el exceso de ego puede terminar dejándote fuera de “ju-ego”. Si las voces emergentes no trabajan con la disciplina del arriero y con la conciencia de que la escritura es un permanente revolcarse con el lenguaje, no pasarán de nombres circunstanciales y algunos libros quedarán para “las telarañas del aposento”, como dijo alguna vez Enrique Soublette.

Es obvio que en el conjunto diaspórico hay quienes asumen claramente una decisión a vencer cualquier obstáculo para quedarse, vigorosos, callados, sin alharaca, ajenos al divismo y el espectáculo circense. Están construyendo una obra sólida. Eso será positivo.

**Sin embargo, ¿es literatura venezolana lo que se escribe ahora, tanto dentro como fuera de nuestro país?**

Primero habría que plantearse la posibilidad de discutir lo referente a las literaturas y sus fronteras (físicas, culturales, políticas, ideológicas). El regionalismo en la literatura, en las artes, podría ser cuestionado en tiempos en que se escribe para el planeta. No obstante, siempre se escribe desde algún “lugar” y ese lugar no necesariamente tiene que ser físico. El espacio desde el que hacemos literatura es mucho más que geografía o toponimia, sobrepasa los gentilicios. Y eso sí que podría servir de parámetro para que en el futuro se mida cuál ha sido la ruta de lo que escribimos los venezolanos de este tiempo, no importa dónde estemos físicamente ni en qué género lo hagamos. Aquí interviene una maravilla llamada idioma, y de esta participa, desde más adentro, el modo como los venezolanos, colombianos, argentinos o chilenos ponemos el mundo en palabras, desde nuestra particular visión. Ahí sí que podemos hablar de literaturas generadas desde nuestra percepción del mundo. En ello va implícita la formación. Puedo escribir desde Australia, en Guinea Ecuatorial o instalado en el coxis del planeta, pero igual con mi mirada idiomática, mi percepción del universo, de escritor del trópico. Esa visión es difícil borrarla; si se ha afianzado bien en tu conciencia lingüística, la variedad del español que te ha servido para mirar, juzgar y valorar el mundo pesa mucho. Tal vez en tales casos podamos hablar de literatura en voz venezolana, hasta allí. Por ello, verás léxico local, giros sintácticos nacionales, interpretaciones que siempre tendrán nuestro sello particular, aun cuando en algún momento comencemos a escribir en

un idioma extranjero. El exilio es solo un extrañamiento físico para quienes ya fueron formados; podría ser distinto para otros que iniciaron su carrera literaria desde fuera, estando muy jóvenes o adolescentes. Esos tendrán cosmovisiones diferentes y lo que hagan hoy podría catalogarse como discurso literario sincrético, que no es de una parte ni de otra, o más de alguna que de otra, o sencillamente, de otra.

### ¿Sobre premios y ediciones o traducciones múltiples?

Debemos asumir claridad de criterio: aunque no todos, algunos galardones o reconocimientos internacionales han sido motivados por la resonancia del país y su situación política. Y esto deben tenerlo claro quienes los han obtenido. En ciertos casos, podría haber tenido más peso la tragedia nacional que la obra. Pasó antes con otros países, como Cuba; ocurrió con España, durante la Guerra y Posguerra Civil; no fue ajeno a las colonias de la ex Unión Soviética, durante la dura época del comunismo. A veces podría incidir más la inclinación ideológica del jurado que la calidad de lo que estás premiando o publicando. Es tan determinante que ha influido incluso en el Premio Nobel (ahí está la “desnobelada” obra de Borges para ratificarlo). Aunque se trate de certámenes con seudonimia, el solo tema y tratamiento lingüístico revelan la procedencia: desde principios del siglo XXI, Venezuela ha estado en la mirilla ante cualquier disparo. No favorece hacerse ideas de genialidad con esto, tampoco inferir que, por un premio relevante, pero circunstancial, pasaremos a ser la “verja de Triana”. En tales casos, la prudencia y la introspección nunca sobran. La literatura trascendente se logra con trabajo, no con premios. Estos solo ayudan, son un refuerzo, no un determinante. Y repito, lo definitivo lo marcará el futuro, no solo para lo que se ha hecho en estas dos últimas décadas; también para lo que apareció antes. Aparte de que, por ser Venezuela noticia cotidiana desde hace por lo menos veinte años, el mundo editorial busca sacar provecho comercial de esa situación y, si los escritores no tomamos conciencia de ello, podríamos terminar creyendo en un mundo que no existe más que dentro de nosotros, gracias al éxito ocasional. Olvidaríamos que la dedicación a la escritura literaria es un estado del alma y que un escritor no tiene vacaciones ni es una diva, no descansa en su observación y valoración del entorno.

Quienes podemos hacerlo, leemos algo de lo que se publica fuera, porque no todo nos llega. Sin embargo, hay que decirlo: no cada libro se queda en nuestra memoria de lectura. Existe de todo como en botica: textos verdaderamente escritos con rigor profesional, escritura responsable; textos surgidos de los sarampiones que dan a quienes aspiran a ser escritores sin el debido ejercicio de nalgas, lecturas y teclados; y textos motivados por la necesidad del desahogo, anecdóticos, pero sin materialización lingüística relevante, de escasa fuerza simbólica, repeticiones de reportajes periodísticos maquillados, aunque a veces con mucha fortaleza espiritual, es verdad. No obstante, quien no tiene conciencia de la escritura y desconoce que la palabra es el barro de ese artesano que es el escritor termina en la pura literalidad, se vuelve retratista de los hechos, testifica, mas no agrega nada, no moldea

el lenguaje, los vocablos, se conforma con la denotación. Eso es lo que hace difícil precisar ahora mismo qué será de nuestra literatura. Y no me refiero solo a la narrativa: incluyo poesía, teatro, crónica, lo que sea, porque ya sabemos que los compartimentos estancos en literatura son ya parte del pasado. Los géneros están en cuestión; la “pureza” de las áreas ha pasado a otro nivel.

También hay que tener cuidado con aspirar a la generación de lástima, compasión o cualquier otro sentimiento, con el propósito de buscar una notoriedad provisoria. Escribir es mucho más que eso. Implica un estado interior de reflexión ante lo que nos rodea y nos afecta. No dudo que haya quienes de verdad tienen conciencia de esto; otros, no tanto, y algunos, ninguna (valga la cacofonía). A veces la cercanía del tema sobre el que escribes no es siempre la mejor salida; lo decía Horacio Quiroga: hay que dejar descansar tanto la idea y el propósito como el texto. Aquí la urgencia no deja mucha ganancia, más allá de algunas regalías ocasionales o pasajeras entrevistas de prensa y algún video “youtubista” con los cuales ponerle un tramo más a la “egoteca”. Producir obras como si estuvieras cosechando ristras de ajos tiene sus desventajas, si quieres sobrevivir al momento en que las pones a circular y alcanzan relativo éxito de mercado; igual que considerarse la tapa del frasco y descuidar lo que haces, motivado por la presión editorial y esas extrañas manías de “por lo menos un libro por año”. La literatura verdadera debe ser ajena a la calendarización. Cada libro tiene su momento; ni siquiera quien lo escribe conoce ese misterio.

No critico a quienes han logrado volcar su parecer sobre lo que ha venido ocurriendo desde 1999, pero no soy fanático de eso que mi dilecto Carlos Sandoval llama la literatura “repentista”. Mi maestro Manuel Bermúdez la tildaba de un modo más comercial y gráfico; hablaba de “literatura Alka Seltzer” (la que hace efervescencia un instante luminoso y luego se diluye ante los ojos). Mi tía Eloína, con cierto dejo de humor, la llama literatura de ocasión, libros ganga, a veces oportunista, a veces auténtica, pero a mí, particularmente, no me gusta imponerme los temas. Prefiero que ellos lleguen, como milagros, como mínimas pavesas que provoquen incendios en la imaginación. Buena, regular o mala, así ha nacido mi narrativa de ficción.

En cuanto a por qué he escrito muy poco acerca de la debacle nacional y sus consecuencias... Ya lo he dicho: primero, los escritores no somos tan libres como para elegir el tema o el género ni determinamos en qué momento nos corresponderá. Escoger un tópico para una determinada tipología textual solo por su presunta actualidad puede ser errático. Recuerdo cuando la crítica clamaba por “la novela del petróleo”; ahora se rasgan las vestiduras por obras que consagren la decadencia y la “despetrolización” del país. Segundo, sin que ello implicara buscar alguna notoriedad (porque no es mi estilo, aunque ya he reconocido que nadie carece de “egoteca”; solo que me gusta administrar la mía), antes de la debacle, dediqué algunas páginas de narrativa a lo que vendría: algunos cuentos y un par de novelas: *Parto de caballeros* (1991) y *Sobre héroes y tumbos* (1999). Ahora se escribe sobre las consecuencias, padeciéndolas. Yo quise dejar mi percepción de algunas de las causas, una vez que el tiempo me permitió reflexionar al respecto. Posteriormente me han interesado

más el ensayo académico por motivos de supervivencia (lo escribo sin pedantería ni vergüenza, porque la vida universitaria ha sido un espacio muy importante en mi trayectoria, mi modo de vida) y la crónica periodística, si lo que se me exige es dejar mi “testimonio”. Tampoco elegimos el género para acercarnos a un tema. Solo que el ensayo y la crónica parecen más pasajeros y menos visibles que la novela, pero ahí quedan. Nada de lo que escribes se va al vacío. La literatura es un remolino permanente: cualquier cosa que hagamos se revuelca dentro de una espiral que no tiene fin y los autores no sabemos en qué momento aparecerá el lector o lectora que (hoy, mañana o después) se acerque a lo que hemos hecho, no importa si novela, cuento, ensayo, poema, teatro, crónica o mixturas. Solo que, en algunos casos, la novela o la colección de cuentos alcanza más notoriedad ocasional, en el momento, nada más. Sin embargo, eso no le otorga ni más ni menos importancia, frente a otros formatos.

### **Si defiende la enseñanza de los clásicos para el nivel de educación secundaria, ¿qué clásicos del canon venezolano recomendaría?**

He sido profesor de literatura, pero antes, como todos, fui estudiante. Pasé por las aulas y viví en carne propia lo que en ese tiempo se entendía por “enseñar literatura”. Al principio me llamaba más la atención la vida de los escritores que sus obras. Me encantaba que me echaran cuentos sobre travesuras autorales relacionadas con la biografía, la trayectoria vital de las personas de carne y hueso que escriben o escribieron textos literarios. Disfrutaba más que se me hablara de las picardías de Andrés Bello con las chicas de servicio de su casa, antes de que me obligaran a leer a los trece años la silva *A la agricultura de la zona tórrida*. En esa etapa me llamó más la atención la vida atrabiliaria y hasta sospechosa de corrupción de Miguel de Cervantes que su *Quijote*, igual que encontronazos con Lope de Vega; el desparpajo de los pugilatos líricos entre Góngora (“érase un hombre a una nariz pegado”) y Quevedo (a quien el primero apodaba Quebebo, dada su afición al vino).

Me atontaba deliciosamente escuchando a una profe que nos decía que alguna vez se había sospechado que era la esposa de Gallegos quien escribía sus novelas y que él solo las firmaba, o que un extraño espécimen de la literatura como Rafael Bolívar Coronado se había dado el lujo de plagiar expofeso a importantes escritores. Verdades o mentiras, eso me atraía. Luego me correspondió ser profesor de literatura en un liceo (antes de graduarme) y me di cuenta de que los programas me forzaban a promover la lectura de clásicos, lo que a mí no me gustaba cuando tenía la edad de mis alumnos de ese momento. Sabía que era poco lo que podía hacer, pero me las ingení para, por ejemplo, cambiar algunas lecturas por obras de teatro de Aquiles Nazoa. Fue como un acto de magia, debido a que los chicos no solo gozaban de las tremenduras literarias y lingüísticas de Aquiles, sino que hasta terminaron interesándose por que, verbigracia, escenificáramos *Los martirios de Colón*. Lo hicimos y todos lo pasamos muy bien.

Los clásicos tienen su momento en la vida de quien lee, pero se me hace que ese lugar no está exactamente ni en la escuela básica ni necesariamente en el bachillerato. Nadie será más ni menos culto por desconocer a esa edad las grandes obras de la literatura.

Eso me hace llegar al núcleo de la pregunta. Los clásicos tienen su momento en la vida de quien lee, pero se me hace que ese lugar no está exactamente ni en la escuela básica ni necesariamente en el bachillerato. Nadie será más ni menos culto por desconocer a esa edad las grandes obras de la literatura. Mi creencia es que las lecturas de esas etapas deben guardar alguna familiaridad con los intereses del estudiante, de acuerdo con sus niveles cognitivos. Aspirar a que se lean el *Poema de Mío*

*Cid* o *Don Quijote*, o la silva de Bello, o cualquier otro clásico (incluso *Cien años de soledad*) a los doce o trece años es un atentado no solo contra el estudiante sino contra la literatura misma. De allí nace la creencia según la cual la lectura es una actividad para el aburrimiento y no para el goce. En consecuencia, la escuela puede generar un efecto totalmente contrario al que busca. Salvo casos excepcionales, que los hay, sin duda, los adolescentes no quieren ser “cultos”, quieren vivir, gozar de lecturas que toquen su sensibilidad, no que se la atormenten.

Sé que esto es controversial, pero no es la primera vez que lo digo. Siempre recuerdo que, actuando como jefe (accidental, encargado) del departamento de Lengua y Literatura de la USB, hube de confrontar una situación relacionada con eso de quién es más culto que quién: un estudiante me manifestó no estar de acuerdo con que se le reprobara por no saber quiénes eran los autores de determinadas obras clásicas. Argumentaba, además, que, ante una confrontación suya (de él), la profesora que lo había reprobado desconocía quiénes eran los fundadores o propietarios de grandes corporaciones como Microsoft o General Motors y le reprochaba la poca cultura de él, por desconocer autores de grandes obras de la música y las artes. La conclusión del chico daba para reflexionar: “Ella se cree más culta que yo por todo el saber artístico en su memoria, pero desconoce muchas cosas de la cultura de masas”. Fin del cuento.

¿Enseñar literatura en la escuela? También los estudiantes deben tener la palabra y deberían manifestar sus intereses, sus preocupaciones por temas que les remuevan las neuronas, sin prejuicios sobre literatura canónica o no canónica. Mi tía Eloína habla más bien de la necesidad de ofrecer acercamiento a literatura “cañónica”: que dispare directo al corazón estético e intereses del estudiante. Como dije antes, yo aprendí a acercarme a la palabra literaria a través de un libro pornográfico y no tengo vergüenza en manifestarlo. Después fui fanático absoluto de las novelitas “antiliterarias” de Marcial Lafuente Stefanía; gocé los enigmas de Agatha Christie. No comencé con Salgari o Chesterton, ni con los poetas universales a quienes muchos nombran (a veces sin haberlos leído). Algunos de ellos llegaron a mi vida cuando ya era lector y estaba en condiciones de adentrarme en sus obras.

Otros, nunca llegaron; no me interesan. Hay muchos autores a los que no he leído, por mucho que algunas generaciones hablen maravillas de ellos y se llenen la boca citándolos. Total, no quiero ser culto, sino rendir culto a lo que verdaderamente me atrae como lector libre, silvestre, deformado por algunas contra literaturas.

Hoy disfruto las travesuras de Sancho Panza y paseo por la *Iliada* y la *Odisea*; como lectura recreativa, no me gusta, me aburre el *Ulises*; lo estudié alguna vez por motivos profesionales; no tengo orgasmos líricos con algunos de los “grandes” poetas. *El falso cuaderno...* (de Meneses) me resulta pesado; me gustan otras novelas y cuentos suyos; pero así es la literatura, no es “monedita de oro”. Entre los narradores venezolanos, me fascinan José Rafael Pocaterra, Renato Rodríguez, Jiménez Ure, Orlando Chirinos, Eduardo Liendo y Pancho Massiani; algunas novelas de Ana Teresa Torres y Milagros Mata. Eso debe enseñarse en la escuela, que la escritura literaria no es siempre para ser considerada “agradable”, “grata”, “sabrosa”. A veces hay que leerla por obligación y eso puede modificar la actitud con que se la asuma. Estudiarla no es sinónimo de disfrutarla. También el alumno debería tener derecho a proponer que una obra le resulta indigerible. Eso es un derecho de lector que pocos enseñan a cultivar.

Clásica o no, la literatura puede gustarme o parecerme un bodrio, adormecerme o levantarme el ánimo, más allá de lo que digan la crítica y los colegas. Intentar que los estudiantes “hereden” los gustos literarios de algunos de sus docentes o ponerlos a desmenuzar obras (que es otro tema álgido) puede ser un aliciente para alejar lectores.

### ¿Cómo ha sido tu experiencia como docente y escritor en el proceso de migración a Chile?

Inicialmente, mi esposa Lucía y yo viajamos a Santiago con el propósito de quedarnos tres meses. Queríamos visitar,

ver, abrazar y sentir de cerca el calor de nuestro hijo menor. Era septiembre de 2017 y el gatillo de la debacle económica ya estaba activado, pero todavía era “invisible”. Aquí teníamos, además, la oportunidad de que el mayor y su familia nos visitaran, dada la “mayor cercanía” entre Chile y Australia (aunque parezca un “anacoluto semántico”, pero Australia está en la rabadilla del mundo y no es fácil accederla). Ofrezco disculpas por lo personal de este hecho, pero la sola idea de conocer la sonrisa de nuestra primera nieta no tenía parangón con ningún otro propósito. Eso, en efecto, fue motivo más que suficiente para “estirar” la visita a seis meses. Luego, varias circunstancias (personales, familiares, económicas, de salud, unas fortuitas, otras, no tanto) han venido confluyendo, hasta tener que permanecer acá mucho más tiempo del previsto. Planificábamos nuestro retiro de las aulas en Venezuela cuando esto ocurrió.

Intentar que los estudiantes “hereden” los gustos literarios de algunos de sus docentes o ponerlos a desmenuzar obras (que es otro tema álgido) puede ser un aliciente para alejar lectores.

Aquí he devenido de nuevo en profesor de lingüística y literatura sin haberlo tenido antes en mi plan de vida. Ha sido como comenzar de nuevo. Son sistemas educativos diferentes. Los tiempos tecnológicos han avanzado y contribuido a modificar la relación docente-estudiante. Hay muchos factores a los que hemos debido acostumbrarnos, pero así es la docencia. Si no cambias y te adaptas serás “camarón que se duerme...”. Lo cierto es que hubo aquí un nuevo comienzo, con la experiencia de más de treinta años trasegando entre unas salas de clase y otras (entre la UPEL, la USB, la UCV, la ULA, la UCAB...). Ya casi creo que he sido docente desde niño. Algunos colegas escritores me han referido sardónicamente, y a veces con cierto dejo de desprecio por lo que hago, como “el profesor”. Lo hacen con sorna, porque a veces ellos se sienten lejos de las supuestamente aburridas aulas, aunque les gusta que lleves sus obras para que las “analicen” tus estudiantes. Otros, ahora, igual debieron emigrar y desempeñar un oficio que parecía quedarles pequeño. La vida te da sorpresas, diría Pedro Navaja. También ya aceptan que son profesores y lo añaden a su currículum. Un contrasentido, pero es así.

Me gusta la docencia y me gusta la escritura. Aquí he vuelto a mi “deambular áulico” (ahora incluso a través de una pantalla, “teleclaseo”) y por ello agradezco a quienes han creído en mí, algunos más que otros, porque, gracias a un director de Escuela y a una querida colega, comencé en una Escuela de Investigación y Posgrado, hasta que una nueva directiva infirió que mis áreas, la literatura y la lingüística, no son dignas de una dependencia cuyo norte es la “educación en general”, esa rama múltiple de estadísticas, curvas, diagramas y esquemas en la que uno nunca sabe dónde está parado: la pedagogía “dura”, a veces ajena a la realidad de un salón de clases con personas de carne y hueso (lejanas a los alumnos ficticios incorporados a procesos de medición, para inferir medias y medianas, a veces inferidas por “medianías”).

Afortunadamente, bajo condiciones menos favorables económicamente, pero muy gratas espiritualmente, he continuado en otra Escuela, esta sí, relacionada con la formación docente en Lengua y Literatura. Cambié de condición, porque ahora soy docente a honorarios, sin saber hasta cuándo, ya que la pandemia está al acecho y en este país las carreras de pedagogía han sido duramente golpeadas por la deserción. No obstante, me siento bien. He tenido incluso algunos tesisistas de los cuales me enorgullezco (como me ocurrió siempre con los anteriores, en Venezuela), lo hicieron superbién y me dieron satisfacciones. He estado al amparo de personas generosas, francas, que tienen las edades de mis hijos y que han creído que algo podría yo aportar en la Escuela de Pedagogía en Castellano, de una pequeña universidad, la Silva Henríquez, con un alto componente en carreras de formación docente y una orientación inclinada hacia la justicia y la equidad social.

Desde aquí hemos seguido también con las actividades que nos relacionan con la Academia Venezolana de la Lengua y, como consecuencia, con la Real Academia Española, como integrante de la Comisión Interacadémica que tiene como propósito configurar el *Diccionario de la lengua española*, en versión definitivamente digital. En eso transcurre mi

vida, aparte de continuar mi labor como columnista de prensa y redactar algunos textos por encargo. No tengo la misma holgura emocional y económica que tuve en mi propio país, pero, como diría un español, me apaño. Hasta que el cuerpo aguante. Aquí convivo, siempre afortunadamente, con la persona con quien he compartido la vida, la actividad profesional y los dos maravillosos hijos con que Dios nos premió, uno de ellos aquí en Chile, como ya dije. Cual la docente nata que ha sido, Lucía vive también y disfruta en un mundo dedicado a la elaboración y difusión de materiales pedagógicos.

Cuento todo esto sin descuidar que, de un año y unos meses para acá, apareció ese gigantesco e invisible demonio de origen chino, denominado coronavirus, lo cual ha modificado tanto nuestra vida que ya no sabemos en qué planeta, en qué ciudad, en qué espacio habitamos. A veces siento que la ficción se apoderó de nuestras existencias y que ya no será necesario escribirla, porque habitamos en ella cotidianamente. Como haber clicado para ingresar en una realidad virtual de la que ya no podremos eyectarnos. ¿Para qué escribir entonces ficciones si ya somos eso?

No sé si sea por eso que, en cuanto a mi escritura, confieso que, a veces, apenas surge por allí un breve cuento. Intenté iniciar una novela que sigue esperando su momento. No tengo mucho tiempo para escribir narrativa, ante las urgencias de la supervivencia académica. Siempre escribo, pero muy poco que tenga que ver con la ficción. Debido a las exigencias del mundo universitario (que aquí está en el apogeo de la “articulositis y la ponencitis”, como escribí hace muchos años sobre esta epidemia en Venezuela: el rendimiento docente se mide con la vara de las ponencias y los artículos publicados), he debido volver también a un mundo del que había decidido alejarme un poco: la escritura de eso que anglofílicamente denominan *papers*.

Ya llegará de nuevo el momento de volver a la escritura literaria. No tengo prisa ni me programé para escribir cien o doscientos libros. Aunque parezca mentira, también disfruto la escritura académica, los artículos, los ensayos, sin la prisa de tener que promediar cuántos debo publicar por semestre o por año. Lo único que siempre he detestado de ese mundillo es que en todas partes se cuecen las habas de los grupuscillos, la cerrazón ante temas que se alejan de las modas académicas y eso que llaman el “arbitraje”, no siempre tan inocente ni pulcro ni neutral como lo dibujan las revistas. Ya desde mis tiempos en la USB, por ejemplo, conocí el “orgullo” editorial con que algunas publicaciones especializadas se vanaglorian de los porcentajes de artículos que rechazan. Siguen una onda estadounidense a la que luego se ha sumado el vendaval de revistas que cobran por publicarte y, además, aspiran a la exclusividad. Si superan, por ejemplo, el 80 % de rechazo, se las considera mejores, cuando debería ser lo contrario, ya que los más perjudicados son siempre los investigadores jóvenes.

No obstante, sobrevivo, sobrevivimos, y a veces intento publicar en coautoría con profesores menos experimentados. A propósito de este fenómeno de la “paperización” del conocimiento, recomiendo la lectura de las reflexiones del profesor chileno José Santos-Herceg, intituladas precisamente *La tiranía del paper: de la mercantilización a la normalización de*

*la productividad académica* (2020). Un espacio que amenaza con implosionar el propio sentido de su existencia, debido al rumbo que está tomando.

Adicionalmente, desde antes de llegar a Santiago, me movía la espinita de meterme en un tema que, a juzgar por sus declaraciones públicas, muchos académicos —y también ciertos aficionados que apenas leyeron a Ferdinand de Saussure y ya se consideran “lingüistas” — detestan: el lenguaje inclusivo. Un fantasma que ha recrudecido durante las primeras décadas de este siglo y ha elevado notablemente los niveles de hipertensión, arteriosclerosis y trombocitopenia de mucha gente. Creo que, independientemente de algún fanatismo que lo circunda, hay que tomarlo en cuenta, estudiarlo, verlo en su dimensión socio- y sicolingüística. Está removiendo cimientos y, por mucho que creamos en la cristalización de las reglas gramaticales, desde la academia universitaria debemos analizarlo sin prejuicios, sin posiciones adelantadas (como el fútbol), con sindéresis, más allá de repetir lugares comunes impuestos por hablantes públicos relevantes. Me desagrade que incluso se utilicen palabras denigrantes como “aberración” u “horror” para referirse al asunto, como alguna vez lo hizo Mario Vargas Llosa. Respeto mucho a colegas cercanos que no creen en ello, pero eso no me lleva a compartir sus puntos de vista.

Hay mucho que discutir seriamente sobre esto y creo sinceramente que no podemos ignorarlo, a cuenta de la relevancia gramatical que en español tiene el llamado masculino genérico (en cuya extinción por decreto tampoco podemos creer). La misma gramática y los mismos informes académicos revelan que a veces hay que “desambiguar” ciertos usos genéricos del masculino que no son del todo claros a la hora de hacer referencia a la mujer, a lo que ahora se suma la entrada en juego del llamado género social no binario. Yo mismo lo vi con cierto dejo de humor al comienzo, pero hoy considero fundamental llevarlo a las aulas para discutirlo sin apasionamientos estériles, con actitud de analista que no discrimina entre temas “buenos” y “malos”, para justificar su acercamiento a los primeros, que posiblemente dejan más rédito profesional ante las “autoridades” relacionadas con el manejo de la lengua. Implica sus riesgos, pero está ahí, como el coronavirus, y no debemos desatenderlo, sencillamente porque “atente” contra nuestra competencia lingüística y se le confunda con acercamientos a la izquierda más recalcitrante que, por cierto, no son dueños del fenómeno, aunque lo utilicen de modo populista e insincero, para ganar adeptos que ayuden a sustentar su poder.

**Desde la perspectiva de su personaje la tía Eloína, ¿qué cambios en el país podrían condicionar la vuelta a la patria de los editores, críticos, docentes y escritores que han tenido que migrar? ¿Qué retos tendrían que afrontar para reactivar el ámbito de las letras?**

Mi tía Eloína ha sido fundamental en mi esfera de creación literaria. Estoy orgulloso de ella, debido a que siempre aspiré a crear un personaje que cobrara vida real. Creo que es el logro máximo cuando hacemos literatura. Por eso, entre los venezolanos, admiro a

escritores como Gallegos (por doña Bárbara), Pedro Emilio Coll (por Juan Peña), José Rafael Pocaterra (por Panchito Mandefuá) y Antonia Palacios (por Ana Isabel), entre otros. Mi parienta es tan real que incluso ya tiene la potestad de aconsejarme, de hablar por mí, de ser mi intermediaria. Me enorgullece cuando las personas me preguntan por su salud, por su vida, sus salidas humorísticas. Hay incluso quienes me han reclamado no haberla conocido, porque nunca la presenté en mis reuniones con amigos. Eso me resulta una maravilla. La consagré como gente con vida propia en una de mis novelas favoritas (*Sin partida de yacimiento*, 2009) y, de muchos años para acá, ha sido coautora infaltable en mi columna periodística *La duda melódica*.

En cuanto a los demás, para muchos, el proceso de emigración ha sido a veces tan traumático, tan duro, tan deprimente, tan “rompealma”, que, muy posiblemente, no querrán volver a lo que para ellos fue un escenario dantesco. Son múltiples los motivos por los cuales se marcharon. Igual de diversas serán las razones para un eventual regreso. No dudo que algunos pensarán en el retorno y están a la espera de una situación que lo permita, pero, de momento, eso es más una quimera que otra cosa. El país no volverá a ser aquel que se llevaron en su memoria; nada vuelve a estados anteriores, por muy ideales que hayan sido. Para decirlo con un lugar común necesario: ni siquiera ellos son aquellos escritores que partieron.

Aparte de la situación venezolana específica, el mundo entero es hoy otro distinto al de antes de febrero del 2020, y el país de ahora nada tiene que ver con aquel en el que vivimos antes de 1999. Nos guste o no, eso es una realidad. Compramos todos los números de una misma lotería, para asegurarnos el premio gordo. Si esperan que vuelva la misma situación en la que alguna vez se sintieron cómodos, lo más seguro es que no regresen. Pero no será igual para todos. Hay quienes sí tenemos la voluntad del retorno, a sabiendas de que nada será idéntico, ni parecido. Y así debe haber otros. Consuela tener presente que los lapsos históricos no son eternos y que hasta los que se creen inmortales tienen su calendario vital acotado por el transcurso natural de la vida.

**El espacio universitario en nuestro país fue durante mucho tiempo el entorno desde el que se difundía y promovía la literatura. ¿Cómo crees que esto se ha transformado en el contexto actual en el que las grandes universidades (UCV, USB, ULA, LUZ, UC, UPEL...) se encuentran en un estado crítico?**

Lo primero es que la literatura parece haber agarrado calle, pero a través de las veredas del ciberespacio, o al menos lo ha intentado. Aunque resulte paradójico, tal vez en busca de una explicación para los motivos de la debacle, la gente aspira a “leerse”, a espejear su desgracia, a través de la literatura. A mi juicio, eso ha sido favorable, aunque ahora se

haga más difícil comprar libros, no solo por el alto costo, sino también por la dificultad para distribuirlos. A veces, la piratería y la reproducción en la web (prohibidas y tal vez censurables, pero en la guerra vale todo) han contribuido con que algunos libros circulen. Confieso que yo mismo, antes en Caracas y ahora en Chile, he leído libros recientes “pirateados”, primero, porque no siempre llegan y, segundo, debido a que, cuando puedes pedirlos a través de los distribuidores, tienen un costo bastante oneroso. Hay un submundo impregnado de “pedefes” o de otros formatos digitales que está ayudando en eso.

La web es ese enigmático espacio al que algunos escritores le tienen pavor, debido a que está conformando un nuevo tipo de lector y genera menos, pocas o nulas regalías. Yo, particularmente, no tengo empacho en que mis libros circulen por allí de modo libre, para cualquiera; varios, sobre los que ya tengo dominio, andan por ahí para libre lectura y, si me los solicitan y los tengo disponibles, los envío a quien me los requiera. O sea, me autopirateo. Tengo que ser fiel con mis criterios. Un favor me hace quien aspire a leer uno de mis humildes libros y no tiene cómo adquirirlo.

De manera que los lectores se las están ingeniando para leer; en el caso de Venezuela, cuando el *habitus* vital y la rutina de la supervivencia lo permiten. Considero que, ante las dificultades, deberíamos poner a circular por lo menos algunos de nuestros libros sin pensar en beneficios económicos, sin cortapisas ni derechos, aunque, es verdad, sacrificaríamos la supervivencia de los editores. Un contrasentido, pero, en resumen, aquel mundo literario concentrado en las universidades se ha alejado de las aulas y allí dejó apenas el celaje, principalmente, porque ya esas instituciones pasaron a ser decadentes fantasmas, bajo el acecho del poder: es triste que algunos de sus propios hijos, a quienes formó y hasta cobijó en el pasado, las hayan convertido en símbolos del deterioro. Por eso, la literatura, la escritura en general, que sigue bullendo, ha buscado las calles virtuales, sin que eso implique que nos hayamos aún vuelto un país ávido de lectura. Sin embargo, por algo se empieza. Total, hay lugares donde se venden muchos libros y se lee poco. Comprar libros genera réditos sociales; leerlos implica esfuerzos que no todos están dispuestos a asumir. Hay quienes se conforman con tenerlos en la biblioteca: lectores de lomo y solapa.

**Ante el decaimiento de los espacios académicos en Venezuela y su vínculo con lo que usted llama la *élite-literatura*, ¿cómo ve la presencia de la *literatura-e* en las nuevas generaciones de escritores de nuestro país? ¿En qué medida ha modificado la relación escritor-lector, crítico-escritor la fuerte presencia de la *literatura-e* y la *crítica-e*? ¿Cómo ha sido su experiencia personal con respecto a esta dinámica?**

Primero que todo, aquella mítica imagen del autor de libros impresos en papel, empoderado, vanidoso y “egoinflado”, ha comenzado a perder el enorme peso que tenía.

Internet ha modificado ese halo de poder que lo envolvía y ahora, de verdad, cualquiera puede poner a circular sus escritos a través de la web. Ya solo eso implicará un cambio en la relación literatura-lectores. Quien no mire que ese carro va pasando y siga creyendo que solo el papel, las entrevistas y los *podcasts* youtubistas lo convertirán en una celebridad, podría sufrir decepciones, ataques “tromboliteratosos”.

Sin que esto signifique el sacrificio del libro tradicional, hay otra nueva realidad y eso debería ser también considerado por la crítica. Hoy día todos podemos ser escritores y lectores, al menos en la teoría, por supuesto. Y quien decida asumir o seguir en el oficio profesional de la escritura literaria no puede obviar esto. Las redes y los medios digitales tampoco son ajenos a ello. Se están alterando incluso los rasgos de lo literario. Internet es un hervidero en el que lenguaje convencional y literatura interactúan y han comenzado a delinear otros parámetros. La metáfora y otras figuras retóricas, esencia fundamental de la creación literaria clásica, desde la tradición grecolatina, se están cambiando de lugar y redefiniendo sus esencias. Por eso se ha criticado tanto que un joven que se dice o se cree poeta gane un certamen con versos nacidos al calor de la rutina tuitera. Es un mundo en incandescencia que ha puesto a temblar las esperanzas de quienes solo aspiran a sostenerse como ídolos con la vanagloria de estar afiliados a una editorial de tradicional prestigio o depender de una agencia literaria. Los concursos y otros certámenes generan cada día mayor incredulidad. Hasta el Premio Nobel está siendo cuestionado. La pandemia ha contribuido también a incrementar estos giros. Parece que hay que dejar de ostentar o “pantallar” (para decirlo con un venezolanismo) y entender que la literatura sin las pantallas de los ordenadores, celulares y tabletas disminuirá su área de influencia (la poca que tiene, por cierto, porque ya está demostrado que no cambia nada). La literatura de la actualidad se reparte entonces entre dos mundos, el analógico y el digital, y ya en este último lugar no tiene nacionalidad ni prevalece lo que se llama la lengua estándar. No hay amarras formales forzadas por la tradición y los vínculos entre literatura y “belleza” son un mito. Lo que antes se denominó “lenguaje literario” está tomando un rumbo diferente. Todavía desconocemos a donde desembocará, pero ignorarlo es seguir creyendo en “pequeñas aves voladoras encintas”, a la espera de la famita efímera, tres entrevistas en los medios, los aplausos fervorosos de diez amigos, la reputación momentánea que ofrecen Twitter, Facebook, Instagram y WhatsApp el supuesto poder que nos deparen los libros que alguna vez escribimos para ser impresos en papel. Alegrías de tísico, tal vez.

**Finalmente, ¿qué entiende por literatura en términos generales y cómo ve la actualidad y el futuro de la lengua española como lengua literaria en el mundo?**

Primero que todo, la literatura no puede definirse por lo que contiene un texto que alguien ha propuesto como tal. Eso parece un concepto superado. Posiblemente suene como

pedantería de mi parte (¡y lo es!), pero debo recordar que lo literario es discurso y discurso es mucho más que texto (se me sale el profesor; ofrezco disculpas a mis colegas escritores antiacademicistas). Es también contexto, es qué entendemos por ello en un tiempo determinado y, muy importante, es esa entidad que se llama *lector*. Imaginemos una literatura sin lectores. No tendría ningún sentido. Ese es el elemento más importante del proceso.

Yo, antojado y creído escritorcito “maragocho”, puedo proponer algo como literario. Sin embargo, aunque esa sea mi decisión, quien definirá el estatus de mi propuesta será quien se apiade de mí, me lea y *accepte* que hago literatura. Son sus creencias, su modo de entender el lenguaje desde el punto de vista estético, eso que técnicamente se denomina su *competencia literaria*, lo que definirá el futuro de lo que lo que he escrito y le he propuesto como tal. Eso es la literatura: un acuerdo, un convenio, una negociación estética entre quien ha escrito algo que propone como literario y otra persona que lo lee, lo valora, lo ratifica y permite que siga circulando como tal. No basta entonces el texto para hablar de literatura. La literatura no nace: se hace en el discurso. Si no aprueba el examen de los lectores de una época (pocos o muchos, no importa), un texto no llegará a ocupar ese espacio que los teóricos llaman *literaturidad*; el esfuerzo del autor se habrá quedado en el intento.

Y en cuanto al español como lengua literaria, no estoy todavía seguro de su fortaleza universal, porque otros factores, como el económico, el ideológico y el político, influyen bastante en su proyección hacia otras esferas, entre ellas la literaria. Tengo que decirlo sin temores: por mucho orgullo que pueda sentir por mis ancestros timotocúicas, caribes, waraos o de cualquiera otra etnia, estoy orgulloso de compartir mi lengua materna (originalmente extranjera y peninsular) con más de 585 millones de personas y de haber podido escribir en ella. Es decir, para mí es muy importante.

No obstante, en cuanto a su repercusión como lengua de cultura literaria, aunque tiene su peso, innegable y evidente, todavía carga con el lastre de la “admiración” (basada en lo económico, ideológico y político) que despierta otra como el inglés, principalmente cuando hablamos de difusión. ¡Cuántos escritores sienten la verdadera consagración de su primavera “literatosa” cuando se enteran de que alguno de sus libros ha sido traducido a esa lengua!

La anglofilia es una úlcera en el estómago de muchos plumarios hispanoamericanos. La prueba anecdótica más evidente de eso es que, cuando viajamos a algún país donde se habla un idioma diferente del nuestro, no se nos ocurre que alguien allí pueda hablar español, como nosotros, y vemos en el inglés (bien o mal hablado, machucado, perfecto o estropeado) nuestra tabla de salvación. No se nos ocurre que en “Tucusiapón” (país imaginario no hispanohablante, cuya lengua oficial también imaginaria es el “kuty”, por ejemplo) pueda alguien de la calle conocer nuestra lengua materna. Si por casualidad

estamos desorientados o requerimos algo, nuestra salida inicial, casi automática, no es preguntarle: “¿Habla español, señora, señor?”, sino balbucearle: “¿Duyiuespikinglishser? ¿Canyiujelpmiplís?”. Conclusión: subliminalmente creemos que el mundo entero habla (y escribe en) inglés.

Y, aunque no parezca, eso repercute también en la literatura. Lo repito, cualquier escritor hispanohablante flipa nomás de ver una página suya traducida, aunque sea al *cockney English* londinense. Como chiste, no puedo dejar de recordar la reacción de mucha gente que, en mis ya antediluvianos tiempos de adolescencia, se asombraba al escuchar hablar a algunos pequeñines, hijos de los turistas que se hospedaban en el hotel Trujillo: “¡Tan chiquito y ya habla inglés!”.

Bromas aparte, está claro que dicha situación ha venido cambiando con el tiempo y que, aunque en la península se hable de la difusión de la “marca España”, Hispanoamérica ha tenido considerable peso en ello, si bien todavía nos falta mucho: necesitamos una conciencia colectiva que nos ayude a “descubrir” el poder que significa hablar, leer, comprender y escribir en la tercera lengua del planeta (por cierto, para algunos, el español es la segunda, porque, según mi tía Eloína, hay novios, hablantes de chino mandarín, que no se hablan, debido a que no se entienden entre ellos).

¿Futuro literario? Lo reafirmaremos cuando aprendamos a valorarnos como hablantes de una lengua (que, por cierto, dejó de pertenecer a la península ibérica hace más de cinco siglos) y como colectivo sintamos orgullo de nuestra manera de pensar el mundo, sin complejos, sin falsas expectativas acerca de otros idiomas (de “cultura”), mirándolos como iguales y no como superiores: desechar la creencia de que, por ser hablantes de español, somos inferiores cultural y literariamente. Para ponerlo en el léxico propio de quienes hacen estudios culturales, ese día, cuando por fin perdamos la condición de “periféricos rizomáticos y subalternos”, el *Quijote*, *Cien años de soledad* y *Doña Bárbara* compartirán en condición de pares (y no de subordinadas) con obras de Charles Dickens, James Joyce y William Faulkner.